

CRISTINA NAUPERT, *La tematología comparatista: entre teoría y práctica*, Colección Perspectivas, Arco Libros, Madrid 2001, ISBN: 84-7635-452-5.

El panorama de la literatura comparada en español echaba en falta un estudio minucioso de una de sus principales y más discutidas ramas, la tematología. Por eso la contribución del volumen que comentamos es especialmente relevante.

Por un lado nos encontramos, en la primera parte, ante una presentación teórica rigurosa del área de la tematología, que incluye un repaso de su evolución histórica, así como la exposición de sus fundamentos teóricos y metodológicos, y, por otro, con la ejemplificación de su aplicación práctica en una segunda parte dedicada a la novela de adulterio en la segunda mitad del siglo XIX.

Cristina Naupert se ocupa, en primer lugar, del desarrollo histórico de la tematología, desde sus precedentes más inmediatos en el folclore comparado de época romántica, hasta su actual relevancia no sólo en los estudios de literatura comparada, sino también en los llamados *cultural studies*. La importancia de esta presentación, más allá de su carácter informativo y bien documentado, estriba en su habilidad para establecer los vínculos naturales de la tematología con el comparatismo, que a menudo ha mirado con recelo a este subcampo suyo, y esbozar el esperanzador panorama de perspectivas que la tematología abre a su alrededor. Gracias a un recorrido por las escuelas francesa, formalista-estructuralista, alemana y la decisiva incorporación de la estadounidense, obtenemos no sólo un útil repaso histórico de la literatura comparada, sino también una acertada reivindicación de la tematología como parte de ella. A su vez, en lo que respecta a las posibilidades de supervivencia del enfoque tematológico dentro de la práctica efectiva de los *cultural studies*, se defiende con acierto la tematología como elemento textual objetivo capaz de limitar el excesivo relativismo de estos estudios e invitar a la colaboración interdisciplinar. Se menciona también el rendimiento didáctico de la tematología para acercar al estudiante al comparatismo. Exponente de estas cualidades pedagógicas constituye el propio volumen que reseñamos, gracias a la claridad y ordenada exposición del material, que no se encuentra reñida con el rigor de una aproximación científica. Más bien al contrario, sin esconderse en complicados aparatos argumentales, este trabajo nos convence por la sencillez de sus planteamientos.

El segundo capítulo se ocupa de los fundamentos teóricos y metodológicos de la tematología. Especialmente loable es el esfuerzo por delimitar la confusa terminología al uso. El enfoque adoptado para la definición de las nociones básicas (*Stoff*, Tema, Motivo) es, de nuevo, historicista. Esto permite entender el proceso por el cual se han producido los incómodos solapamientos y confusiones terminológicas, pero, sobre todo, superarlas gracias a la extracción de cuanto hay de común en unos términos científicistas, sobre los cuales más de un estudioso ha levantado sus teorías sin otro objeto que desacreditar a sus predecesores, contribuyendo así a la indeterminación de unos conceptos que son en sí claros y definibles, y que constituyen el objeto de estudio de la tematología. Mención especial merece la distinción del tipo de estudio que la tematología y la narratología llevan a cabo sobre un objeto que parece ser el mismo, la materia narrable, llámese tema o *stoff*, fábula o trama. La autora pone de relieve las muchas similitudes y posibilidades de colaboración entre la tematología comparatista y los estudios temáticos estructuralistas, así como su mutuo desconocimiento, y la necesidad de distinguir la perspectiva intertextual y el interés en el hecho cultural de la primera de la perspectiva intratextual y orientada hacia la semiótica narrativa de los segundos.

Tras haber definido también algunos términos próximos y su delimitación, Cristina Naupert acomete un intento de clasificación y sistematización de los elementos temáticos. Ante la confusión terminológica y la imposibilidad de «desterrar» los términos tradicionales ambivalentes, propone una alternativa en la reorientación de la pirámide terminológica: no subordinar el elemento mejor delimitado —personaje, tipo— al tema y al motivo, sino otorgarle la categoría de elemento básico. Resulta encomiable el intento y de gran utilidad práctica el resultado de este enfoque.

En lo que respecta a la presentación de la metodología, destacamos la capacidad de síntesis y la puesta en relación de los fundamentos teóricos anteriormente expuestos con las reflexiones metodológicas y los tipos de comparación propuestos.

De esta manera llegamos a la segunda parte del trabajo con unas claras premisas teóricas de las que la autora no va a apartarse. Lo único (y poco) que se puede quizá objetar a la aplicación práctica y, seguramente, a todo el estudio, es un cierto desequilibrio entre las expectativas abiertas por la defensa de las posibilidades del estudio temático de la parte teórica y las conclusiones alcanzadas mediante su aplicación práctica. No debemos olvidar, sin embargo, a este respecto, que la segunda parte se ocupa de un motivo concreto y bien delimitado, cuyo análisis es impecable, y no de un tema, por otra parte tal vez inexistente o, en todo caso, objeto de un estudio de mayores dimensiones, escogido para dar cuenta del alcance de todos los aspectos de la temología. Así el adulterio femenino constituye un ejemplo adecuado para estudiar la interrelación del nivel macrotextual (el triángulo amoroso abstracto) con el nivel microtextual (ejemplos concretos de las obras elegidas).

Para situarlo en su contexto específico se discuten su permanencia y mutación a lo largo de la historia de la literatura y, una vez observada su condensación en el período histórico de la segunda mitad del siglo XIX y en el género narrativo de la novela, se establece un *corpus* de obras canónicas para las que se propone el modelo de *Madame Bovary*, Gustav Flaubert (1856) y que incluye: *O primo Basilio*, José María Eça de Queirós (1878), *Anna Karénina*, Lev Tolstoi (1878), *La Regenta*, Leopoldo Alas Clarín (1878), *Cécile* y *Effi Briest* de Theodor Fontane (1887 y 1894 respectivamente) y *The Awakening*, Kate Chopin (1899). El análisis textual comparativo plantea cuatro fases narrativas que dan cuenta de la constelación motívica del adulterio femenino como fuerza motriz y fundamento estructural del relato. En él destaca el análisis de *Anna Karénina* como la obra más alejada y el contrapunto más interesante al modelo de *Madame Bovary*. Se aborda también el estudio de unidades menores de comparación, temas complementarios como el personaje de la criada o el motivo del dinero, presentes en varias de las obras que conforman el *corpus*, el tipo del Don Juan, el cornudo cómico o el trágico vengador de su honra, o el recurrente simbolismo del color azul.

En resumen, se agradece este volumen exhaustivo en su presentación teórica, absolutamente necesaria como visión de conjunto de la subdisciplina temológica, y fundamental, en lo práctico, como ejemplo de un trabajo temológico bien hecho.

HELENA VAQUERIZO

VÉRONIQUE DASEN, *Jumeaux, jumelles dans l'Antiquité grecque et romaine*, Akanthus Verlag für Archäologie, Kilchberg (Zúrich) 2005, 332 pp. ISBN: 3-905083-20-5.

La idea generadora de este libro, magníficamente editado, surgió de una exposición sobre el mismo tema organizada en el Museo Etnográfico de Ginebra en 1995. La redacción inicial de un artículo desembocó en una tesis de habilitación en Arqueología e Historia Antigua, que fue defendida en la Universidad de Friburgo en el año 2000. El lector se halla ante una investigación multidisciplinar en la que convergen, además de las materias señaladas, la antropología, la medicina, la historia de las religiones, la mitología, las fuentes literarias, etc. La obra se articula en tres partes, dedicadas a la consideración del tema en la medicina antigua, en el pensamiento mítico y en la realidad cotidiana, según las fuentes escritas e iconográficas.

El nacimiento simultáneo o casi simultáneo de dos o más niños es un fenómeno extraordinario que se ha interpretado, en el mejor de los casos, como signo de una mayor fecundidad o fruto de una intervención divina y, en el peor de ellos, como una alteración del orden normal que hace a la madre sospechosa de adulterio. La aceptación de los hijos de un parto doble o múltiple no ha encontrado en el mundo griego y romano las trabas que ha tenido en otras civilizaciones. Digamos que el título francés comprende tanto a los gemelos, de origen monocigótico y de gran parecido, como a los mellizos, de origen dicigótico y que no se parecen más que dos hermanos cualesquiera.

Pensadores y médicos de la Antigüedad indagaron las causas de la gemelaridad y dieron explicaciones más o menos coherentes o disparatadas. En la tradición hipocrática los gemelos representan la fecundidad ideal, favorecida por la estructura de la matriz, cuya bipartición corresponde a la existencia de dos senos; la existencia de otros pares de órganos en el cuerpo humano, entre ellos dos testículos y dos ovarios, apoyan esta interpretación. Por el contrario, Aristóteles considera que el hombre es un animal uníparo, como otras especies de gran tamaño, y que el parto doble o múltiple es una anomalía de carácter teratológico.

La diversidad de sexos recibe diferentes explicaciones: para el Estagirita es la acción acabada del principio masculino la que da lugar a niños y su acción inacabada a niñas; para los hipocráticos el sexo depende de la lateralidad y de la temperatura: en el lado derecho del útero y en sus partes calientes se engendran niños, en las opuestas niñas. Los griegos sintieron curiosidad especial por fenómenos excepcionales, como la superfetación y los gemelos monstruosos. La sobrefecundación de una mujer ya embarazada, bien presente en la mitología y en la historia imperial romana, lleva aparejada la cuestión de la doble paternidad de los gemelos y la del adulterio de la madre. De la patología gemelar el caso más llamativo es el nacimiento de hermanos siameses, interpretado a menudo como signo de mal agüero en la tradición analística romana. Pero en la Antigüedad, como ocurre hoy, eran mayor noticia los partos múltiples que nada tenían que envidiar a los récords actuales.

Siguiendo las fuentes escritas e iconográficas, la autora censa 80 parejas de gemelos en la mitología clásica. La mayor parte de ellos tienen como padre a un dios o un héroe y como madre a una ninfa o una mortal distinguida. Hércules, Pólux y Anfión son, entre otros, hijos superfetarios de Júpiter; pero el mayor caso de superfetación es quizá el de las nueve Musas, si es que fueron concebidas por Mnemósine en nueve noches distintas. No es difícil descubrir a veces la importancia del factor hereditario en la proliferación de gemelos; ahí están los tres Horacios y los tres Curiaños, dos pares de trillizos que son

hijos de madres gemelas, hijas del albano Sicinio. Hay héroes gemelares, como Hércules, que gozaron de gran fortuna literaria; pero la autora presta particular atención a la descripción de las representaciones iconográficas sobre soportes diferentes y en este aspecto son más afortunados Cástor y Pólux, Anfión y Zeto, Rómulo y Remo.

Sobre las columnas del templo de Cícico, que levantaron en el siglo II a. C. Átalo II y Eumenes II en honor de su madre Apolonis, figuraban grabadas diecinueve escenas, de las cuales once son de gemelos; en nueve de ellas estos aparecen como defensores de sus madres. Tales representaciones en bajorrelieve se han perdido, pero su descripción se conserva en la *Antología Palatina*. Ahí aparecen los gemelos Anfión y Zeto, Apolo y Ártemis (en dos columnas), Eolo y Beoto, Euneo y Toante, Heracles, Pelias y Neleo, Polimedes y Clicio, Rómulo y Remo, Anapis y Anfínomo, Cleobis y Bitón. Como puede verse, Hércules está sin su hermano Ificles. La verdad es que, aunque este acompañó al semidiós en algunas expediciones, no formaron una pareja tan solidaria como lo fueron los Dioscuros, que compartieron mortalidad e inmortalidad, o Zeto y Anfión, muy diferentes en su carácter, pero siempre unidos en sus aventuras.

El muestrario gemelar de la Antigüedad clásica es muy amplio y comprende aspectos diversos; la autora cubre cada uno de ellos casi siempre con la descripción de varias parejas. Hay gemelos solidarios e inseparables, rivales y adversarios, diferenciados, indiferenciados y monstruosos. Ejemplos de estos últimos son los Moliónidas o Actóridas, hijos de Posidón y de la mortal Molíone, mujer de Áctor, y asimismo el tricéfalo Gerión; Todos ellos son vistos como hermanos siameses. Hay gemelas fastas, como las Leucípides, o nefastas, como Helena y Clitemnestra, esposas infieles. Hay gemelos de sexo diferente que son modélicos, como Apolo y Ártemis, o incestuosos, como Isis y Osiris, Júpiter y Juno.

Entre las funciones que cumplen los gemelos está la de ser guardianes del orden cósmico y terrestre. Y ahí los Dioscuros ocupan una posición de privilegio, como patronos y protectores de los *equites* y de los atletas, como garantes de los juramentos y guardianes del hogar, junto con los Penates y los Lares. La gemelaridad representa la fecundidad y la abundancia; en este sentido, los gemelos se alinean en la tercera función dentro de la estructura tripartita de la sociedad indoeuropea, propuesta por G. Dumézil. Aun así, no es difícil descubrir concepciones preindoeuropeas, como la progresiva aproximación fraternal que se observa en las parejas de Eneas y Turno, como hermanos virtuales, Ascanio y Silvio, medio hermanos, Numitor y Amulio, hermanos, y Rómulo y Remo, gemelos.

Hay diversos aspectos del nacimiento de los gemelos que no revelan las fuentes médicas y míticas griegas. Son los epigramas, los monumentos funerarios y las estatuillas de terracota, sobre todo de la época helenística que demostró un interés particular por los niños, los que mejor informan de alumbramientos desgraciados, de madres que pierden la vida, a la vez que la dan, del amamantamiento como medio de comunicar la inmortalidad o de los ritos, a menudo asociados al culto de Dioniso, por los que los gemelos se incorporaban a la comunidad. A diferencia de los gemelos míticos que se identifican por sus atributos personales o dentro de un contexto narrativo, en las escenas de la vida cotidiana los gemelos suelen aparecer sin rasgos diferenciales.

En Roma, desde finales de la República, son frecuentes las huellas de parejas gemelares. Con el precedente legendario de Rómulo y Remo, el nacimiento simultáneo de dos o más hermanos era siempre, salvo en el caso de malformaciones físicas, una manifestación del favor divino. Sila, que había repudiado a su mujer anterior por estéril, vio cómo la siguiente, Cecilia Metela, le daba mellizos de distinto sexo, a los que impuso los nombres de *Faustus* y *Fausta*, como testimonio del favor de los dioses y de su devoción

por la diosa Fortuna. Después que el emperador Augusto había promovido una política de consolidación del matrimonio y de apoyo a la natalidad, el alumbramiento de gemelos dentro de la familia imperial era un acontecimiento especialmente feliz. Por el nacimiento de Germánico y Gemelo, hijos de Druso el Joven, el año 19 d. C., el emperador Tiberio no dudó en mostrar su orgullo de abuelo ante el Senado (Tac. *Ann.* 2,84). Dos nacimientos gemelares se produjeron en el seno de la familia de Marco Aurelio; el más notable de ellos fue el de sus hijos Cómodo y Antonino.

Como puede verse, no es raro que los nombres de los gemelos guarden entre sí alguna relación de semejanza, como reflejo de la que existe entre los nombrados; así, para no remontarnos a los de *Romulus* y *Remus*, mencionemos los posteriores de *Faustus* y *Fausta*, *Geminus* y *Gemina*, *Gemellus* y *Gemella*, *Gemellinus* y *Gemellina*, etc. La autora abunda aquí en ideas desarrolladas por H. Solin y F. Mencacci¹. La coincidencia de nombres es un recurso de confusión muy explotado en la comedia de doble, trátase de gemelos o simplemente de sosias². Bajo el epígrafe comparativo «comme deux oeufs», se trata el parecido gemelar en cuatro páginas (259-263) y la cuestión en Plauto ocupa un párrafo. No es seguro que «les Bacchides se ressemblent comme deux gouttes de lait» (p. 260), pues es más que dudoso que el fragmento en que se dice eso pertenezca a la comedia a que se ha atribuido. Es Plauto quien impone a las dos hermanas un nombre de resonancias báquicas, que evoca las orgías de las bacantes en la Roma de la época; la única confusión que causan se basa en la homonimia de su nombre; si hubiera parecido entre ellas, el comediógrado lo habría explotado, como hizo en otras comedias³.

A continuación, V. Dasen analiza las referencias a los gemelos en las *Cuestiones académicas* de Cicerón y en obras de otros autores, como factor de confusión que muestra el engaño de los sentidos. He ahí a los antiguos tratando en el teatro y en el diálogo filosófico los mismos temas, el de la identidad personal y el de la verdad de las percepciones. Esa íntima unión entre drama y pensamiento filosófico fue recreada por Descartes, que se inspiró en *Amphitruo*, una tragicomedia de dobles impostores, para fundar la moderna filosofía del sujeto⁴. La autora cita como caso de gemelación imaginativa la equiparación entre Verres y el liberto y colaborador suyo Timárquides («...son frère jumeau, et très ressemblant pour l'immoralité, l'improbité, l'audace», Cic. *Verr.* 2,3,155). Sin embargo, el mayor parecido con Verres, establecido por Cicerón, es el de Apronio (2,3,22). De entre los colaboradores que reunió Verres, todos *sui similes*, Apronio era el más parecido (*sui simillimus*), no solo por ser su principal colaborador, sino por llevar nombre de jabalí (*aper*), tan próximo al de verraco (*uerres*), pues ambos son variedades del cerdo (*sus*, *suis*). Eso es lo que quiere decir, en segunda instancia, la expresión ambigua *sui simillimus* ('el más semejante de sí' y 'el más semejante al cerdo')⁵. *Verres* y *Apronius* son, pues, nombres prácticamente gemelares.

¹ H. SOLIN, *Namenpaare. Eine Studie zur römischen Namengebung*. Helsinki, Societas Scientiarum Fennica, 1990. F. MENCACCI, *I fratelli amici. La rappresentazione dei gemelli nella cultura romana*. Venecia, Marsilio, 1996.

² Cf. B. GARCÍA-HERNÁNDEZ, *Gemelos y sosias. La comedia de doble en Plauto, Shakespeare y Molière*. Madrid, Ediciones Clásicas, 2001, pp. 277-284.

³ GARCÍA-HERNÁNDEZ 2001, 157-159.

⁴ Cf. B. GARCÍA-HERNÁNDEZ, *Descartes y Plauto. La concepción dramática del sistema cartesiano*. Madrid, Tecnos, 1997.

⁵ De ello damos cuenta en el capítulo IV («La razón porcina de la semejanza entre Verres y Apronio») de nuestro reciente libro *De iure uerrino. El derecho, el aderezo culinario y el augurio de los nombres*, Madrid, Dykinson, 2007.

Este es un estudio muy documentado en las fuentes iconográficas, como demuestran las 185 figuras, a veces desdobladas, que ilustran sus páginas, y asimismo en las fuentes escritas, epigráficas y literarias. Estas últimas, legendarias o no, son examinadas desde una perspectiva histórica, como crónicas informativas. El lector no encontrará, pues, aquí un estudio sobre la explotación literaria del doble gemelar; al contrario, son mucho más frecuentes los casos de mellizos o gemelos dicigóticos que de auténticos gemelos. Es la coincidencia de nacimiento de una misma madre lo que define a los gemelos en sentido amplio; el que se parezcan o no resulta secundario; por ello mismo, los sosias están fuera de lugar. Las catorce páginas de bibliografía dan una idea del inmenso trabajo de investigación desarrollado por la autora. El libro se completa con varios índices: de autores antiguos, de museos, colecciones privadas y piezas perdidas, de temas, de gemelos y gemelas. Su lectura ha sido un gran placer; y, en cualquier caso, lo es también su mera consulta.

Universidad Autónoma de Madrid

Benjamín GARCÍA-HERNÁNDEZ
benjamin.garciahernandez@uam.es

ROSARIO LÓPEZ GRÉGORIS, *El amor en la comedia latina. Análisis léxico y semántico*, Ediciones Clásicas, Madrid 2002, 340 pp. ISBN: 84-7882-496-0.

La literatura antigua refleja muchos aspectos de la vida que no se pueden conocer por medio de las traducciones. Ciertamente una traducción anotada puede transportar al lector actual a una geografía y a un sistema de relaciones constituido por los nombres propios y conceptos de aquella cultura. Sin embargo, la comunicación de la experiencia entre el autor antiguo y el lector de hoy, entre el lector de entonces y una sociedad contemporánea se hace difícil. De ahí el interés de un estudio semántico, que revela la mentalidad que tuvieron esas gentes durante generaciones.

Este estudio se ocupa de una faceta del comportamiento humano, las relaciones amorosas, en su interferencia con la participación de los individuos construyendo unidades sociales por compromiso y alianza. Los dos ámbitos de actuación determinan una terminología diferente, si se trata de mujer o varón y de la edad. La relación entre palabras referentes a *uir* y *uxor*, y entre *meretrix* y *amator* nos describe un comportamiento social habitual, propio de la sociedad romana. Existe una secuencia y una gradación de funciones sociales que un individuo concreto puede desempeñar, en cuyo despliegue se advierten actitudes y acciones concretas por medio de expresiones lingüísticas.

La apariencia de dispersión de pequeñas diferencias o detalles que se concentran bajo el nombre del amor se supera observando el índice de este análisis. Se busca atrapar el sentido escurridizo de las palabras que designan relaciones individuales dentro de un contexto social. La sociedad ampara o bien tolera esa clase de relación. Si se expresa verbalmente, la designación de las distintas acciones, y la voluntariedad o bien la violencia con que se realizan se opera mediante las palabras.

Se distinguen grados de cercanía o de distancia entre los relacionados. La distancia física es mínima en el abrazo, en el beso, en el concúbito, y máxima en *conloquor* o *contuor*. Por eso, aunque a la vista del índice, parezcan todos los términos como igualmente significativos y frecuentes, la representación de ellos en la literatura escrita para la es-

cena se quiebra en distintos planos, sobre los que unos avanzan y otros quedan mínimamente destacados.

Los vocablos más llamativos —y que desarrollan el juego de equívocos de la comedia latina— dibujan el panorama del comercio sexual, con tres perspectivas principales, la del cliente y la del negociante, sin olvidar a la parte que constituye la materia misma del trato (*sermo meretricius*). Esta estructura general se actualiza sobre todo en el *sermo lenonius*, pero en la perspectiva de la meretriz y de quien se beneficia de este comercio está siempre el rendimiento económico como fin, que se disfraza de atractivos. La expresión del placer y lo placentero, se consigue mediante palabras que aluden al sentido del tacto. La disposición del cliente, que solicita, de la meretriz que se ofrece, y la del intermediario experimenta pocos cambios atribuibles al contexto social. La licitud de esos contactos está determinada porque el matrimonio es una institución nuclear de la sociedad romana antigua, pero en sí constituye un factor más. Se prestan en el escenario dos clases de clientes, el varón joven y el maduro. La mujer joven y la matrona se contraponen, según la condición social y la función que realizan respecto a la institución citada. La solicitud del cliente se corresponde con la devolución o despedida, que se expresa a veces con términos específicos. Pero no todas las funciones de estas tres perspectivas se producen una sola dirección, sino que la seducción relaciona a cliente y meretriz recíprocamente (*complector, conloquor, contuor, contracto y compello*). De forma alternativa a las visitas y a la avaricia del *leno*, tiene cabida en el esquema de relaciones la *palex* doméstica.

Si atendemos a la manera, específicamente cultural, en que se transmite la experiencia del acercamiento y la relación, observamos las posibilidades de la morfología latina para conseguir términos más expresivos a partir de otros más generales de uso habitual. Por eso se puede graduar la carga de los sentimientos y de las actitudes en intensidad y en duración. En efecto, los modificados en *-to (-so)* e *-ito* secundan la eficacia comunicativa de los verbos y adverbios de frecuencia, aunque *delecto* y los modificados especializados en habilidades táctiles marcan sobre todo la intensidad. Otra posibilidad de especializarse se ve realizada en los verbos en los que los sufijos citados expresan la intensidad del acoso, en ocasiones relacionados con la metáfora estructural de la caza.

Por estos usos léxicos podemos determinar algunas de las características lingüísticas de cada sector analizado en el libro. La especialización del preverbo *ad-* es un rasgo muy interesante del *sermo amatorius* en *adduco, attingo, accumbo*.

En tanto que para aislar y estudiar estos semas se recurre a la consideración de relaciones intralingüísticas, solidaridades léxicas y lexías complejas, para reconocer los detalles distintivos de aquella sociedad se recurre a la historia y a los documentos que nos ayudan a comprender las instituciones. Así sucede en el caso de la noción de propiedad en forma de adquisición y posesión referida a la institución matrimonial en cuanto a la dote y a la posibilidad de obtener descendencia legítima. En este contexto y en alguno más se insiste en la distinción de planos entre el matrimonio y la generación de afectos y pasiones. Aunque coinciden en el uso de términos genéricos, las situaciones y el ámbito de experiencia en que son descritas por la lengua latina difieren y son oportunamente separadas en distintos capítulos o secciones del estudio. El caso de la violencia ejercida sobre la mujer, se formaliza en la lengua de manera distinta en el caso de la metáfora cinegética, o de la violación de una virgen. En otros géneros distintos de la comedia, estos casos amplían su funcionalidad literaria gracias a la mitología. Pero en el lenguaje de la escena, el empleo de *uiolo* es propio de la tragedia como el de *uitio* lo es de la comedia.

Por todo ello, aunque el estudio refiere las relaciones de gran número de vocablos, el relieve que adquiere la representación de ellos ante el lector resulta mucho más vivo y completo que la mera descripción que ofrecen los lemas de los diccionarios. Las explicaciones se apoyan además en la sintaxis que asigna la lengua latina a estos términos especializados.

En consecuencia, la descripción se aparta por igual de la anotación simplista de los semas, que de una complicada estructura impenetrable para la memoria y la paciencia del lector. Se trata de una descripción práctica y útil para que el aficionado a la comedia no salte sobre las palabras llevado del afán de seguir la peripecia o el chiste, sino que repare en los fragmentos de vida que trasportan los modelos cómicos tan disparatados e inverosímiles.

Por otro lado, la lectura o la representación de las obras después de conocer los datos de este trabajo permite una mayor variedad de accesos al texto antiguo. Algunas de estas modificaciones que se aprecian en la comedia latina no son compartidas por otros géneros, pero en ellos se pueden encontrar algunos grupos de términos relacionados aquí. También se pueden buscar los que desempeñan una designación semejante a la mostrada por los que corresponden a los ambientes y escenarios cómicos. Sin duda la expresividad cercana al lenguaje coloquial que caracteriza estas obras difícilmente se admite para los géneros elevados, dentro de la preceptiva antigua. La selección de ciertos vocablos con exclusión de otros es un elemento formal para la literatura antigua.

Por eso, el descubrimiento de registros específicos siempre nos ayuda a comprender, no sólo la composición de la lengua en sí, sino las piezas con que los críticos antiguos sabían juzgar la imitación literaria y el refinamiento de la ficción que convencía al público, que interesaba a los lectores.

Suponemos entonces que en este libro se han sacrificado estadísticas y datos de distribución en aras de una perspectiva más dinámica y literaria; por encima de la casuística, se consigue percibir algo de la estructura mental que el hablante competente en latín tenía como patrimonio de su cultura. Tal vez por eso, las afirmaciones contundentes se atenúan en las conclusiones finales, porque no se han podido probar por extenso ante el lector, que a cambio obtiene un esquema general útil para explicar adecuadamente los usos en su contexto.

Universidad de León

MARÍA ASUNCIÓN SÁNCHEZ MANZANO
decmsm@unileon.es

JAVIER VELAZA, *M. Valeri Probi Beryti fragmenta*, Universitat de Barcelona, Barcelona 2005, 176 pp. ISBN 84-475-2949-5.

No son muchos los filólogos modernos que en los tiempos actuales emprendan la ardua tarea de editar críticamente los textos de los gramáticos latinos antiguos. Uno de ellos es precisamente Javier Velaza, que ha abordado la ardua tarea de enfrentarse a los *M. Valeri Probi Beryti fragmenta*. Si compleja es la edición crítica de los textos completos de un autor, más aún resulta la de los fragmentos. Por tal motivo el empeño de Velaza ha de considerarse encomiable. Aunque los fragmentos no son muchos y en la mayor parte de los casos su extensión sea limitada, el método de trabajo es apropiado y el resultado final muy satisfactorio, en nuestra opinión.

En efecto, entendemos que se justifica bien en el Prefacio la necesidad de una nueva edición porque hay motivos para eliminar ciertos fragmentos de autoría dudosa y añadir otros anteriormente excluidos. Por otro lado, la disposición del material en el aparato crítico permite seguir la procedencia y las diferentes vicisitudes que cada uno de los fragmentos ha tenido a lo largo de los siglos, no sólo por lo que hace al texto en sí, sino también en relación a las ediciones de que han sido objeto. A su vez, el hecho de que el editor adopte una actitud muy conservadora en relación al texto que se nos ha transmitido no necesariamente debe devaluar el mérito de su trabajo filológico, pues su actitud de prudencia parece que resulta la más apropiada en relación al tipo de textos que edita.

De no poca utilidad para quien lea o consulte la obra reseñada son los dos apéndices finales, la *Concordantia huius editionis cum iis ab Aistermann et Steup curatis* y el *Index nominum rerumque notabilium*. Curiosamente no se ha hecho en el Prefacio ni siquiera una breve reseña biográfica del gramático editado, como es costumbre, y que en este caso hubiera resultado además muy pertinente. Tampoco se ha elaborado un Índice general que resultaría de gran ayuda para localizar cada uno de los apartados del libro, que por ser numerosos precisan de una guía apropiada para facilitar una búsqueda rápida y eficaz.

Para dar cuenta más cabal de los contenidos del libro enumeramos con detalle los apartados y subapartados del mismo, pues entendemos que ello ayudará a comprender mejor los métodos y objetivos que han guiado el trabajo del autor:

- Praefatio (pp. IX-X)
- Conspectus librorum saepius laudatorum (pp. XI-XIII)
- Conspectus editionum adhibitaram (pp. XIV-XX)
- Sigla codicum auctorum adhibitorum (pp. XXI-XXVIII)
- M. Valerii Probi Beryti fragmenta:
 - Ex commentario Vergiliano fragmenta (pp. 5-49)
 - Ex commentario Terentiano fragmenta (pp. 53-62)
 - Ex silva observationum sermones antiqui fragmenta (pp. 65-84)
 - Fragmenta dubia ad res grammaticas pertinentia (pp. 87-135)
- Concordantia huius editionis cum iis ab Aistermann et Steup curatis (pp. 137-146)
- Index nominum rerumque notabilium (pp. 147-152)

La brevedad de la edición crítica reseñada se ve ampliamente compensada con la densidad de los datos que se aportan para cada caso, por tal motivo entendemos que ciertamente ha merecido la pena afrontar un trabajo filológico en apariencia tan poco agraciado. Digamos, en fin, que por este motivo y porque indicar sólo mediante la inicial el nombre propio puede ocasionar ciertos problemas innecesarios a quienes citen dicha obra el impresor debiera haber considerado oportuno dejar constancia expresa en la portada del libro de que el autor del mismo es Javier Velaza, no simplemente J. Velaza.

UPV/EHU

Marco A. GUTIÉRREZ
ecpgugam@vc.ehu.es

CARMEN ARIAS ABELLÁN (ed.), *Latin vulgaire-Latin tardif, VII. Actes du VII^{ème} Colloque international sur le latin vulgaire et tardif*, Séville, 2-6 septembre 2003, Secretariado de publicaciones de la Universidad, Sevilla 2006. 572 pp. ISBN: 84-4720-883-4.

El volumen, séptimo de una ya prestigiosa serie, reúne los trabajos del congreso que del 2 al 6 de septiembre de 2003 celebró en la Universidad de Sevilla el «Comité internacional para el estudio del latín vulgar y tardío».

Dedicado a la memoria del eminente latinista y romanista József Herman, promotor de estos encuentros trienales que él inició en Pécs (Hungría) hace dos décadas, fallecido recientemente tras haber clausurado con su conferencia la reunión de Sevilla, el libro alberga en su inmensa mayoría los trabajos presentados a dicha reunión, ofreciendo así una visión panorámica de los derroteros por los que hoy se orientan los estudios en estos terrenos del latín vulgar y tardío y de la transición a las lenguas romances.

Se trata, en efecto, como es bien sabido, de un campo amplio y complejo, tan importante como difícil de delimitar diacrónicamente y sincrónicamente, tan rico como necesitado de la atención constante de filólogos, lingüistas, latinistas, romanistas, historiadores, etc. Desde casi todos estos campos de la actividad científica acoge el libro propuestas, que la editora, con buen criterio, a mi juicio, ha preferido organizar por orden alfabético de autores. La amplia y variada procedencia de éstos da a entender en qué medida quedan aquí reflejadas las tendencias e intereses predominantes hoy día en este ámbito de estudios: Alemania (G. Galdi, «Some remarks on the use of the ablative in central-eastern inscriptions»; A. Kropp, «Versprachlichung von Schadenzauberri-tualen in der Römischen Antike»; H. Lüdtke, «Le neutre espagnol chez Isidore de Séville»; R. Müller, «Die spätantike Historiographie und Isidors Epochen des Lateinischen»), Austria (M. Iliescu, «Traits lexicaux généraux dans le vocabulaire latino-roman»), Dinamarca (G. Haverling, «On cases and prepositions in vulgar and literary late latin»), España (O. Álvarez Huerta, «El término *subdiuanus* en el *Itinerarium Egeriae*»; C. Arias Abellán, «Los adjetivos *albus-candidus* en la poesía epigráfica pagana y cristiana»; M. Ariza Viguera, «El supuesto influjo suritálico»; C. Cabrillana, «Factores condicionantes en la expresión de la ‘posesión’ en latín clásico y tardío»; J. Castro Sánchez, «El himno de *mediante quadragesima Fabens redemtis voto abstinentie* de la liturgia hispánica. Anotaciones al texto»; J.A. Corraera Rodríguez, «El latín de las monedas visigodas»; J.M. Escolà Tuset, «El latín del obispo Justo de Urgell»; A. Ferraces Rodríguez, «Notas críticas y léxicas al capítulo *De puero [et] virgine del Liber medicinae ex animalibus* de Sexto Plácido»; C. Gallardo, «El latín vulgar y algunas inscripciones de *Hispania*»; B. García-Hernández, «Homonomia y latín vulgar en el libro I de las *Differentiae* de Isidoro»; A.M. Martín Rodríguez-J.J. Bellón Fernández, «*Comerse el manso*: el hipotético origen latino de una expresión coloquial»; A. Moure Casas, «Cuestiones de norma y registro en la lengua de Egeria»; E. Nieto Ballester, «*Euphrasia, Eupraxia, Orpesa, Offreisa*. Una nota de onomástica —toponimia y antroponimia— en latín tardío de España»; M. Rodríguez-Pantoja, «Latín vulgar en la poesía epigráfica»), Finlandia (L. Löfstedt, «Le type *vestra fraternitas* dans le *Decretum Gratiani*»; H. Solin, «Eigennamen und Vulgärlatein»), Francia (F. Biville, «Doublets et gloses synonymiques dans les traités latins tardifs»; L. Callebat, «Observations sur la constitution des vocabulaires techniques»; M. Campetella, «Superstition et magie chez Césaire d’Arles, 470-542»; V. Gitton-Ripoll, «Traits de langue tardifs chez Pélagonius»;

O. Spevak, «*Quod, quia* et les locutions conjonctives <Isidore de Séville, *Étymologies* 10>», Hungría (B. Adamik, «Offizielles Kommunikationssystem und Romanisierung»; T. Adamik, «*Veturia unicuba uniuga* —CLE 558—»; J. Herman, «La chronologie de la transition du latin aux langues romanes: un dossier revisité»; S. Kiss, «Fonctionnement des connecteurs dans les chroniques latines du Haut Moyen Âge»), Inglaterra (Ph. Burton, «The paralinguistic in Augustine's *Confessions*, speech acquisition, groaning, wailing, weeping and singing»; R. Maltby, «Gerunds, gerundives and their greek equivalents in latin Bible translations»; R. Wright, «La representación de las vocales en las actas del concilio de Córdoba de 839. Una investigación sociofilológica»), Italia (A. Bertocchi-M. Maraldi, «*Menaechmus quidam*. Indefinites and proper nouns in classical and late latin»; G. Calboli, «Encore une fois sur les tablettes de Murécine»; L. Ceccarelli, «Note sull'*H* iniziale in Venanzio Fortunato»; V. Ferraro, «Dal lat. *solutus* all'it. 'so-llo'»; F. Foschi, «La *Regula canonicorum* di Crodegango di Metz: alcuni problemi linguistici e di metodo»; P. Molinelli, «Per una sociolinguistica del latino»; F. Stella, «Indicatori statistici di prossimità al protoromanzo: applicazioni sperimentali alla poesia ritmica altomedievale»), Polonia (W. Manczak, «Latin vulgaire et latin archaïque»), República Checa (A. Bartoněk, «Classical and vulgar latin and greek: some problems to be solved»), Suiza (B. Maire, «L'*Obstetrix* de Mustio. Ou comment una acoucheuse et faiseuse d'anges ivrogne devient une *medica*»),

Se trata, pues, de trabajos muy diferentes en temática, planteamiento y orientación, que tanto en sí mismos como por la garantía que ofrecen los autores son del interés no ya de los que se dedican al latín vulgar y tardío sino de los que estudian la lengua y literatura latinas clásicas o de épocas posteriores o de los que trabajan sobre las lenguas y literaturas romances; y, por supuesto, de los que se ocupan de lingüística en general o se interesan por la configuración de lo que hoy entendemos por civilización o cultura europea.

De la excelente factura y presentación es responsable la Profesora de la Universidad de Sevilla, Carmen Arias Abellán, editora del libro y autora del prólogo, a la que corresponde también el gran mérito de haber organizado y coordinado tan relevante convención científica.

Universidad de Granada

Jesus LUQUE MORENO
jluquemo@ugr.es

AGUSTÍN LÓPEZ-KINDLER, *Sidonio Apolinar: Poemas selectos*. Introducción, edición, traducción y comentario, EUNSA, Pamplona 2006, 170 pp. ISBN: 84-313-2343-4.

La novedad principal que presenta la obra de López-Kindler (en adelante «L-K») es doble: de un lado, la de ser la primera traducción al español de una serie concreta de poemas de Sidonio Apolinar¹; de otro, algo que comparte con el resto de volúmenes que forman parte de la reciente *series minor* de la Colección Mundo Antiguo de la Univer-

¹ Muy reciente (2005) es también la publicación en Gredos de una traducción de los poemas de Sidonio por parte del propio López-Kindler.

sidad de Navarra que coordina la Dra. C. Alonso del Real: la integración de introducción, edición, traducción y comentario en una sola obra, con la utilidad que ello supone en el estudio filológico.

En su introducción, L-K aborda concisamente los puntos que resultan especialmente clave para situar el contenido del propio libro. Además de unas breves pinceladas biográficas, el autor dedica un apartado a la obra poética de Sidonio; en ella, por un lado, ofrece una visión general de la misma, data su publicación y clasifica sus subgéneros (panegíricos, *epigrammata* o *nugae*, inserciones en su correspondencia); por otro, justifica la antología de poemas escogidos para su estudio. Es lógicamente en este segundo punto donde L-K se extiende más, puesto que describe su objeto de trabajo. Los *carmina* examinados constituyen un conjunto representativo de cada uno de los subgéneros previamente distinguidos: así, de los panegíricos se ha elegido el más personal de ellos, el dedicado a su suegro el emperador Avito (6-7); como representantes del segundo grupo se cuentan los poemas 14 y 15 —epitalmio más original— y el poema 16, en honor del obispo Fausto. Por último, aparecen los poemas 30 y 41, que se encuentran insertos en las cartas 4, 11, 6 y 9, 16, 3 respectivamente.

El resto de los apartados de la introducción estudia el problema de las fuentes textuales, la lengua y la personalidad del autor. L-K trata estas cuestiones con extraordinaria claridad, algo especialmente importante —si cabe— y muy de agradecer en las cuestiones de crítica textual. En este punto, L-K deja claro que su trabajo se ha centrado sobre el aparato crítico de la edición de los MGH y las aportaciones puntuales de otras ediciones posteriores (básicamente la de Mohr para Teubner, la de Loyer para Belles Lettres o la de Anderson para Loeb), de las que el editor da detallada cuenta en el aparato crítico.

La influencia que Sidonio ejerció en su época queda ponderadamente aclarada en el análisis que realiza L-K sobre la personalidad del autor (pp. 24-26); en este sentido, quedan superadas, a mi juicio, las opiniones negativas dominantes entre gran parte de la crítica durante cierto tiempo.

La traducción realizada L-K resulta muy elegante; el autor se concede cierta libertad en algunos pasos sin perder el estilo de Sidonio, en el que queda reflejado su gran altura literaria: estilo ‘épico’ y grandilocuente en ocasiones, preciosismo lingüístico y estilístico, etc. Es de destacar también la pericia de L-K para traducir neologismos, helemismos, palabras de uso poco frecuente o incluso con cierto grado de tecnicismo.

En cuanto al comentario, se ha tenido gran cuidado de hacer las referencias oportunas a los profusos cuadros mitológicos —tan presentes en Sidonio— y en cuestiones históricas necesarias para entender en todo su sentido el texto sidoniano. Asimismo, se encuentran referencias de las fuentes clásicas presentes en la obra del autor, que ponen de manifiesto el profundo conocimiento que Sidonio tenía de ellas.

En otro orden de cosas, resulta muy útil el índice final (pp. 165-170) de términos latinos comentados, así como de algunas de las particularidades de la lengua sidoniana que se ponen de relieve en el texto examinado.

Por lo que respecta a cuestiones formales, se hubieran agradecido las referencias concretas de las alusiones a estudios más y menos monográficos sobre la obra de Sidonio (Baret en la p. 19 ó 21; Norden, Anderson, Loyer, Palmer o Fontaine en las pp. 22-23; Beltrán Serra en p. 122; Nicás Montoto en p. 143). También, y esto entra dentro de las opciones que el editor tiene entre las diversas posibles, podría haberse dado un elenco bibliográfico más amplio en el que figurasen trabajos que ofreciesen al lector-investigador la posibilidad de efectuar un estudio más detallado de algunas cuestiones; así,

y a título de ejemplo, están los trabajos de R. Günther («Apollinaris Sidonius. Eine Untersuchung seiner drei Kaiserpanegyriken», en *Romanitas - Christianitas. Untersuchungen zur Geschichte und Literatur der römischen Kaiserzeit. Festschrift Johannes Straub*, Berlin-New York 1982, pp. 654-660) o W. Schetter («Zur Publikation der 'Carmina minora' des Apollinaris Sidonius», *Hermes* 120 (1992), pp. 343-363).

Pocas erratas tipográficas se pueden ver en esta cuidada edición: «al comienzode» (p. 35), «tí» (p. 43), «Este», por «Éste» o «único» (p. 51), «amplia» por «amplía» (p. 151), «SIERRA», por «SERRA» (p. 161). No he detectado ninguna en el texto latino ni en el aparato crítico.

En definitiva, nos encontramos ante un libro imprescindible para el estudio textual e interpretativo de las composiciones sidonianas recogidas en esta antología.

Universidad de Santiago de Compostela

Concepción CABRILLANA
ccabri@lugo.usc.es

MARTHA PATRICIA IRIGOYEN TROCONIS (ed.), *Sobre el significado de las palabras (Digesto 50.16)*, UNAM, México, 2005, XLI + 53 + 53 pp. ISBN 970-32-2006-1. *Sobre las diversas reglas del derecho antiguo (Digesto 50.17)*, UNAM, México, 2005, XXXVII + 23 + 23 pp. ISBN: 970-32-2294-3.

He aquí en edición bilingüe los dos últimos títulos del *Digesto*. Como bien dice la editora, ambos presentan la particularidad de ser especiales y no guardar relación orgánica con los demás del libro 50, a la vez que destacan por su gran interés para romanistas y filólogos. El primero fue editado ya en 1997 y de él dimos cuenta en la revista *Emerita* (69, 2001, 167-168); en el momento de preparar la nueva edición, corregida y aumentada, la editora desconocía nuestra reseña, por lo que no la ha tenido presente. No mucho más podemos añadir ahora a lo que decíamos allí.

El lector puede hacerse una idea del valor que tiene este título decimosexto para el filólogo por su propia intitulación (*De uerborum significatione*), que viene a coincidir con la del tratado de Festo (*De uerborum significatu*). El lexicólogo, en particular, disfrutará con la definición precisa por medio de sinónimos, con la descripción casi lexicográfica de las palabras polisémicas, con el acierto del análisis etimológico. Un ejemplo de cada uno de estos fenómenos servirá para ilustrar lo que decimos. La marca de la pluralidad distingue a *palam* (§ 33) de su sinónimo *coram*: «*palam*» est *coram pluribus* («Públicamente» es en presencia de muchos»). Poco se echa de menos en la polisemia de *puer* (204), del que se dan los significados de 'esclavo', 'niño', opuesto a niña, y 'edad pueril', comprendiendo a esta. La relación etimológica que presenta a *seruus* ('preservado') como adjetivo de *seruare* ('guardar'), considerada durante mucho tiempo como popular, es la auténtica¹: «*Seruorum*» *appellatio ex eo fluxit, quod imperatores nostri captiuos uendere ac per hoc seruare nec occidere solent* (239.1): «La palabra «*serui*

¹ Cf. B. GARCÍA-HERNÁNDEZ, «Lat. *seruo*. Análisis estructural e investigación histórica», B. Bureau & Ch. Nicolas (eds.), *Moussyllanea. Mélanges de linguistique et de littérature anciennes offerts à Claude Moussy*. Lovaina / París, Peeters, 1998, p. 171.

<o esclavos> proviene de que nuestros generales suelen vender a los prisioneros y por ello los «conservan» y no los matan».

La traductora ha tenido en cuenta la versión dirigida por A. D'Ors, pero por lo general opera, para bien, con independencia de ella. Algún detalle de precisión podemos apuntar todavía. *Legumbres*, que pueden ser secas o verdes, es una traducción más exacta de *legumina* que *verduras* (77). La expresión *continentia aedificia* y similares, que se repiten varias veces (2, 139, 154, 173), merecen la traducción que se daba en la edición anterior en 87 ('edificios adyacentes') y la que se da en 99.1 ('contiguos'). La traducción «por obra o por consejo» de la expresión *ope consilio* (53.2), que sigue la pauta de la de D'Ors, no resulta clara. *Consejo* implica en español una relación intersubjetiva («el consejo que se da y se recibe») que no implica ahí *consilium*; al contrario, este tiene el valor de 'propósito, intención, determinación propia'; luego la traducción debe ser «de obra y con intención». El final del párrafo confirma que ha de interpretarse así: «Sin duda, siguiendo la autoridad de los antiguos, se ha llegado a considerar que nadie haya cometido hurto «por obra» [*ope*], a no ser que hubiera tenido una intención [*consilium*] malvada, y que no <le> perjudique el haber tenido <esa> intención [*consilium*], a no ser que hubiera seguido el hecho [*factum*]». Lejos de suponer *consilium* una relación diatética (intersubjetiva), representa junto con el otro sustantivo una relación aspectual (intrasubjetiva), la de la intención o del conato (*consilium*) frente al desarrollo o al resultado de la acción (*ops, factum*).

En el segundo libro se sigue el mismo orden de composición y paginación que en el primero. El texto latino y su traducción constituyen la parte central, en números arábigos, mientras la introducción y el apéndice con los índices llevan numeración romana. En unas breves páginas preliminares se explica el método seguido y los objetivos propuestos. En el estudio introductorio se hacen útiles indicaciones sobre la gran labor legislativa desarrollada por el emperador Justiniano y sobre los principales juristas con aportaciones al *Digesto*, que recoge la doctrina de los juriconsultos romanos de la época clásica. Téngase en cuenta que la época dorada del Derecho Romano coincide con la etapa histórica del Principado, desde el 27 a. C. hasta mediados del siglo III.

En los dos libros se hace una descripción de la estructura y composición del *Digesto*. En este último aspecto, se concede la importancia que merece a la teoría de las tres masas propuesta por F. Bluhme en 1818, que revela la existencia de tres subcomisiones en la compilación de la obra. La masa sabiniana, la edictal y la papiniana constituyen los tres grupos principales de textos que pueden sucederse en orden diferente. Así el título 17 se compone de una masa sabiniana (§§ 2-40), una edictal (41-56), una papiniana (57-101) y de una nueva masa edictal (102-167), seguida de otra papiniana (168-210). La primera está formada por 39 fragmentos, la segunda por 81 y la tercera por 86.

Es de alabar el criterio de literalidad con que se ha elaborado la traducción, lejos de esa laxitud que lleva a menudo a los traductores a convertir el texto en pretexto para el parafraseo literario. Tratándose de una obra de carácter jurídico y lingüístico, esa condición de justeza y concisión se hace más necesaria. Aun siendo buena la traducción del primer libro, la del segundo nos parece superior. Sin embargo, los traductores sabemos por experiencia que en este oficio la *limae labor* es una cuestión de nunca acabar.

Un riesgo de la literalidad es dejarse llevar por el vínculo etimológico. Lo hemos visto en el título anterior a propósito de *consilium*, traducido por *consejo*, y podemos comprobarlo aquí en *iniuria* (111), traducido por *injuria*, que es sobre todo el agravio verbal; sin embargo, la palabra latina es cualquier tipo de agravio: así que su traducción

por *agravio* parece más correcta. En la traducción etimológica se puede perder el sentido técnico del término jurídico. Así, *repetere* (84) y *repetitio* (41, 53), vertidos por *repetir* y *repetición*, no dan el sentido jurídico que tendrían *reclamar* y *reclamación* en su lugar. Al fin y al cabo, esas palabras no son sino compuestos de *petere* y *petitio*, que, al menos en los párrafos 88, 173,3 y 186, se traducen con ese sentido jurídico.

Se trata, en suma, de dos ediciones bilingües que cumplen satisfactoriamente el fin didáctico, propuesto por la autora, de servir a los estudiantes y especialistas de Derecho Romano, así como a los de Filología Latina. Su fácil manejo y su brevedad hacen de ellas dos introducciones ideales para adentrarse en el conocimiento del lenguaje jurídico y de cuestiones palpitantes del derecho privado romano.

Universidad Autónoma de Madrid

Benjamín GARCÍA-HERNÁNDEZ
benjamin.garciahernandez@uam.es

NIETO IBÁÑEZ, Jesús María: *La novela en la literatura española. Estudio sobre mitología y tradición clásicas (siglos XIII-XVII)*, Universidad de León, León, 2004, 149 pp. ISBN: 84-9773-123-9.

Se recogen en este volumen cuatro contribuciones del autor a los Coloquios Internacionales de Filología Griega celebrados en la UNED entre los años 2000 y 2003. El director de estos cursos, el Dr. Juan Antonio López Férez, en un sucinto, pero enjundioso prólogo (pp. 11-13), ofrece una síntesis de cada trabajo. El propio autor, por su parte, expone a continuación (pp. 15-17) las circunstancias de la composición de la obra, su estructura y su objetivo: contribuir al estudio de la tradición clásica en algunas novelas medievales, renacentistas y barrocas, incluyendo entre las primeras al *Libro de Apolonio*, que, aun no siendo novela, ha sido calificado de novela bizantina versificada en cuaderna vía (p. 15).

La obra se divide en dos partes («la novela medieval» y «la novela en los Siglos de Oro»). El primer capítulo de la primera parte se dedica, precisamente, al *Libro de Apolonio*. Tras contextualizar la obra en el ámbito de la Edad Media española (y, más concretamente, del llamado Mester de Clerecía), se ofrece un análisis del argumento y la mención de sus posibles fuentes. Entre las fuentes clásicas, destaca sobre todo la novela bizantina, pero se ha hablado también de un influjo de la *Odisea*, con la que el poema medieval presenta curiosas coincidencias: el mar como marco de las aventuras, la llegada del héroe, desnudo y fatigado, a Pentápolis, que recuerda a la de Odiseo al país de los feacios, el enamoramiento de la hija del rey al oír el relato de sus aventuras... Hay también en Apolonio rasgos del héroe trágico, que debe someterse a un duro destino, del que sale finalmente victorioso (p. 24). En su capacidad resolutoria de enigmas se ha visto una huella de Apolonio de Tiana en Filóstrato. Pasando a los autores latinos, hay ecos de versos de Virgilio, Horacio y Ovidio, además de la posible influencia como modelo heroico de Eneas, un héroe con corazón humano y lágrimas en los ojos (p. 26). Admite el autor el influjo de la historia ovidiana de Mirra en el episodio del incesto, pero el padre de Mirra en Ovidio no se llama Tías, como se dice en la p. 26, sino Cíniras; el incesto, por lo demás, es aquí la obra del padre, y no de la hija, como en el supuesto modelo ovidiano. Como propeútica al estudio de la presencia de la mitología en el

Libro de Apolonio, se estudia el empleo de ésta en la *Historia Apollonii Regis Tyri*, la previsible fuente última. Quizás, si el libro está pensado para un público más amplio que el de los filólogos clásicos, no habría estado de más traducir los textos latinos, que remiten, en nota, a la estrofa correspondiente del poema medieval hispano. La práctica totalidad de las referencias míticas de la fuente ha sido eliminada en el *Libro de Apolonio*, dado el tono cristiano del poema; lo poco que queda es ya sólo referencia erudita, pero Apolonio, opina Nieto, puede considerarse, pese a ello, «un héroe clásico adaptado a una nueva realidad, un héroe odiseico convertido en héroe cristiano» (p. 33).

El capítulo segundo se dedica a «La novela sentimental del siglo xv» (pp. 39-68). Además de insistir en la influencia del neoplatonismo en el amor cortesano, se aduce como antecedente clásico de la temática de este género las *Heroidas* de Ovidio, que habían sido traducidas al castellano en la corte del Rey Sabio (*Libro de las Dueñas*), y más tarde por Rodríguez del Padrón en el *Bursario*. Esta vuelta a los modelos clásicos trajo consigo un repunte de la mitología, que se expresa fundamentalmente en clave alegórica. En este punto, no puede dejar de mencionarse la personificación del amor, que comparece como un dios vengador y celoso, y la conversión alegórica del sentimiento amoroso en una auténtica religión, con claras analogías con el ideario cristiano; piénsese en la veneración por la amada, tan próxima al culto a la Virgen, o en la comparación de los padecimientos del enamorado con la pasión de Cristo, que hacen de aquel un mártir de su particular fe; aunque la finalidad de todo ello, concede Nieto, es la de exaltar el amor, más que la de burlarse de la religión, que sería lo propio de un enfoque paródico. En la parte final del capítulo se pasa revista a las novelas más importantes, cuyo argumento se resume, y se citan los posibles elementos relacionados con la mitología clásica o la historia antigua. Los personajes comparecen con frecuencia agrupados en catálogos, como el de mujeres buenas y fieles de *Cárcel de Amor*, o los usuales listados de enamorados vencidos por Cupido, que suelen incluir a grandes personajes de la mitología, la historia antigua o la Biblia. Además, la mayor parte de estas novelas se ubica en escenarios fantásticos, que remiten en muchos casos a la historia antigua (Macedonia, Tebas...) o la mitología, con viajes marítimos llenos de peligros que se comparan con las travesías de Ulises o Jasón. Y, como es natural, no podía faltar el viaje fantástico por excelencia en la literatura antigua, la catábasis, que nos lleva a un infierno de los enamorados en el que no faltan ni la típica topografía de los lugares infernales (Leteo, Campos Elisios, Aqueronte), ni los personajes pintorescos que lo pueblan (Cérbero, Caronte, Ticio, Ixión, Pirítoo, Sísifo, Tántalo...), interpretados, por supuesto, alegóricamente.

A la hora de evaluar los numerosos ecos mitológicos que se aducen, en algún caso, naturalmente, la interpretación es discutible. Así, al hacer referencia al disfraz mujeril de que se vale Arnalte en el *Tratado de amores de Arnalte y Lucenda* (1491), de Diego de San Pedro, para poder hablar con su amada, se sugiere que podría tratarse de un eco del episodio de Aquiles y Deidamía, lo que vendría a ser un influjo ovidiano a través del *Arte de Amar*, aunque en la p. 47 se señala que el precedente más próximo es la *Historia de duobus amantibus*; puestos a buscar precedentes ovidianos, podría haberse aducido con mayor razón la historia de Vertumno y Pomona en las *Metamorfosis*, pues Aquiles no se viste de mujer para acceder a su amada, pero Vertumno sí. En el análisis de *Grisel y Mirabella*, de Juan de Flores, tal vez no habría estado de más indicar que el comienzo de la historia, en el que el padre de la princesa Mirabella la encierra en una torre —lo cual no impide que el caballero Grisel consiga tener relaciones con ella—, podría ser eco lejano de las aventuras de Dánae. Termina, en fin, el capítulo con un análi-

sis de *Cárcel de Amor* como hipertexto alegórico de la fábula de Apolo y Dafne, resumiendo el trabajo, creo que no muy convincente, de C. Allaire¹.

El capítulo tercero, con el que se abre la segunda parte, estudia la presencia de la tradición clásica en «*El Lazarillo de Tormes* y sus continuaciones» (pp. 71-94). El *Lazarillo* por antonomasia (1554) sólo documenta una referencia explícita a la mitología, a propósito del cierre y la apertura clandestina del arca de pan del clérigo por parte de Lázaro («Finalmente, parecíamos tejer a destajo la tela de Penélope. Pues cuanto él tejía de día, rompía yo de noche», cita en p. 75). En cambio, la impronta clásica es más abundante en las citas y alusiones a autores de la literatura y de la historia grecorromana. Así, y en clave paródica, el ciego sabe más medicina que Galeno, y es, en generosidad, un Alejandro, claro está que comparado con el cura de Maqueda; el escudero, por su parte, se parangona con Ovidio en su facilidad para halagar a las mujeres. Se citan a continuación posibles fuentes lejanas que la crítica ha postulado: la *Odisea*, con su protagonista de vida desafortunada y llena de viajes; los esclavos de la comedia plautina y terenciana, que podría haber influido también en el lenguaje realista y el descaro de algunas escenas; el *Satiricón*, modelo de literatura «de viaje» y de narración autobiográfica; el *Asno de Oro*, posible modelo del tema del pícaro que sirve a muchos amos; la *Vida de Esopo* y, en fin, el *Falso profeta* de Luciano, el gran falsario que solía fingir transportes divinos.

En cuanto a las continuaciones, la *Segunda parte de Lazarillo de Tormes* (Amberes 1555) no tiene relación ni aún semejanza con la obra original, ni con el género picaresco propiamente dicho, pues el realismo, la ironía, la sátira, y la tendencia a la verosimilitud dejan aquí paso a una novela de transformaciones animalescas, de gusto lucianesco. No hay ni una sola referencia a la mitología clásica, aunque toda la novela es un auténtico mito de metamorfosis (p. 81). Lázaro, ya maduro, se embarca en la expedición a Argel de 1541, naufraga y en una cueva submarina se convierte en atún, y en esta forma participa en fantásticas guerras, recobrando por fin la forma humana gracias a unos pulpos. En todo ello parece haber un influjo combinado de Luciano y Apuleyo, pero imitados en lo más epidérmico e insustancial (p. 82). Se asoma, también, Nieto a las interpretaciones alegóricas que se han propuesto, que han querido ver en las aventuras submarinas de Lázaro, por ejemplo, una novela en clave sobre las andanzas de los conversos españoles. Los *exempla* sacados de la Antigüedad, de los que se ofrece un elenco, son, normalmente, paródicos. El realismo de la *Segunda parte del Lazarillo de Tormes*, de Juan de Luna (París, 1620), se opone, en cambio, a las aventuras imaginarias de su inmediato antecesor y se aproxima a la sátira social del modelo primigenio. Mantiene, con todo, el motivo de la participación en la expedición de Argel, el naufragio y la conversión en pez, aunque tratados en clave realista: se trata ahora de una falsa conversión, una treta de pícaros sin intención alegórica alguna. Las alusiones míticas, escasas, son muy superficiales: Hércules como modelo de fuerza... El *Lazarillo de Manzanares*, en fin, de Juan Cortés de Tolosa (1626), es una obra de valor literario escaso y mediocre, farragosa y llena de anécdotas e historias intercaladas. El Lázaro de esta obra empieza, como su modelo, como criado astuto por necesidad, para terminar convertido en un maestro de escuela acomodado que marcha a las Indias en busca de aventuras. Las referencias al mito clásico son en esta obra más frecuentes que en las versiones anteriores.

¹ «Les lauriers d'Apollon. Fable, mythe et exemplarité dans le traité d'amour de Diego de San Pedro», en J.C. Chevalier - M.F. Delport (ed.), *Mélanges offerts à M. Molho*, Paris, 1988, vol. I, pp. 9-25.

En el capítulo cuarto, «La novela picaresca del siglo xvii» (pp. 95-130), se estudia la pervivencia de la mitología desde una triple perspectiva: a) empleo paródico o burlesco del mito; b) empleo del mito con sentido moral; c) meras alusiones académicas y eruditas. Encontramos empleos paródicos del mito, por ejemplo, en la genealogía del pícaro; así Estebanillo piensa que bien pudo su madre soñar que el fruto de su vientre había de ser una antorcha que incendiase Galicia; Justina, por su parte, se pone en parangón con Pandora, Orfeo o Aglaia; es más alabada por casta que Lucrecia y por valerosa que Semíramis. Guzmán de Alfarache es un nuevo Sísifo, y Estebanillo, un segundo Acteón, frecuentemente acosado por los perros. En cambio, empleos del mito con sentido moral encontramos, por ejemplo, en la segunda parte del *Guzmán*, cuando la figura de Circe, conversora de hombres en animales, se emplea como encarnación de la ciega voluntad humana, que arrastra a lo inconveniente (p. 119); aunque no me parece a mí que se trate exactamente, como dice Nieto, de una equiparación, sino más bien de un contraste: Circe convertía a los hombres en animales, que seguían, bajo su apariencia bestial, sintiendo y comportándose como hombres; la ciega ambición, en cambio, les deja la apariencia de hombres, pero los hace comportarse como animales.

Concluye el volumen con una «Bibliografía» (pp. 131-138), dividida en sendos apartados de ediciones y estudios, un «Índice de nombres propios» (139-145) y un «Índice de personajes y motivos mitológicos» (147-149).

Ofrece en este libro Jesús María Nieto infinidad de materiales utilísimos para la docencia y la investigación en tradición clásica, abordados desde una doble perspectiva: presencia de elementos de la novela antigua en la novela española de los primeros siglos, y presencia de elementos clásicos (mitología y ecos textuales) en las primeras novelas españolas. Quizás, a la vista de la intención de la obra (contribuir al estudio de la presencia clásica en las primeras novelas españolas), habría sido interesante centrarse en la pervivencia del género novelesco clásico en los primeros siglos de nuestra literatura, y distinguir entre la herencia de la novela griega (por ejemplo, el *Persiles*) y la novela romana (por ejemplo, el *Lazarillo*), y también reflexionar sobre la conversión en novela de material que en la literatura clásica pertenecía a los géneros poéticos, como la bucólica, que está en la base de la novela pastoril. Este trasvase genérico, por lo demás, podría dar pie a una reflexión sobre la circularidad de los géneros literarios: si la *Odisea* es, en buena medida, el arquetipo de la novela griega, que descabalgó al héroe mítico como protagonista para reemplazarlo por el individuo común, y sustituyó el verso por la prosa, la novela griega, pasada por el tamiz de la adaptación romana, es, a su vez, el arquetipo del *Libro de Apolonio*, con el que volvemos de la prosa a la épica en verso. Y, a su vez, la novela pastoril, prosificación, en cierta medida, del género poético bucólico, da cabida a una serie de cantos metapoéticos que abren de nuevo la puerta a la poesía. Y, si el autor hubiera querido profundizar en la herencia de la literatura clásica en la novela española con un enfoque que fuera más allá del recuento crítico de referencias míticas o ecos literarios —tarea, por otra parte, muy necesaria—, podría, tal vez, haber reflexionado sobre lo siguiente: aunque cualquier alumno principiante de literatura clásica se sorprende de que la historia, la filosofía, la ciencia, fueran géneros literarios en la antigüedad, y de que su finalidad fuera más artística que científica, y que se pusiera por delante de la verdad la verosimilitud, sin embargo, el auge en nuestra época de la novela histórica, o el éxito de ventas de la *Ética a Amador* de Savater o *El mundo de Sofía*, de las novelas de Asimov —y mucho antes, de las de Julio Verne— y hasta las obras divulgativas de S. Hawkins indican que los géneros literarios antiguos no están tan muertos como se dice, y que el espíritu de la historiografía, la filosofía y la literatura científica y técnica de los

antiguos sigue, en cierto modo, vivo, y en buena medida, vivo en la moderna novela; aunque algunos de sus cultivadores —como el inefable Jourdain molieresco— estén hablando en prosa sin saberlo. Pero tener en cuenta todos estos factores habría supuesto, naturalmente, escribir otro libro, y no creo que sea justo juzgar a Nieto por lo que podría haber hecho, en lugar de por lo que nos presenta: un estupendo libro de tradición clásica, útil tanto para los estudiantes como para los profesores.

Antonio María MARTÍN RODRÍGUEZ
amartin@dfc.ulpgc.es

SÁNCHEZ DE LAS BROZAS, FRANCISCO, *Declaración y uso del relox español entretexido en las armas de la muy antigua y esclarecida casa de Rojas, con el mesmo relox agora nuevamente compuesto por Hugo Helt Frisio y romanceado por Francisco Sánchez natural de las Broças, con algunas addiciones del mesmo*. Introducción. Edición y notas de César Chaparro Gómez, Institución Cultural «El Brocense» de la Diputación de Cáceres, Salamanca 2006, 161 pp. ISBN: 84-95239-96-5.

— *La esfera del mundo de Francisco Sánchez de las Brozas*. Introducción. Edición y notas de César Chaparro Gómez, Institución Cultural «El Brocense» de la Diputación de Cáceres, Salamanca 2006, 177 pp. ISBN: 84-95239-98-1.

Los estudiosos del humanismo hispano estamos de enhorabuena ante la publicación conjunta de estas dos obras del Brocense a cargo de uno de los mejores especialistas de su obra, el Dr. C. Chaparro Gómez. Ha sido un absoluto acierto la idea de editar y estudiar simultáneamente unos opúsculos que, junto con la edición del *De situ orbis* de Pomponio Mela, conforman el trío de temática «científica» del humanista extremeño. Como bien señala el editor, es este un aspecto de la vasta producción sanctiana al que hasta ahora no se le había prestado la atención debida.

Con buen criterio el editor ha puesto al frente de ambas obras una atinada y erudita introducción general, donde aborda la enseñanza de la cosmografía, pasa revista a los cosmógrafos y astrónomos en la Universidad de Salamanca, y estudia la aportación del Brocense a la cosmografía. De esta suerte, aunque ambos opúsculos se presentan en un mismo estuche, el estudioso podrá leerlos con mayor facilidad por separado, legado el caso.

El opúsculo *Declaración y uso del relox español* va precedido de una magnífica introducción, donde el Dr. Chaparro acierta a darnos las claves para comprender el trabajo en latín de Hugo Helt y de su posterior traducción por el Brocense. El investigador comienza presentando la edición salmantina de 1549, lamentando la desaparición de la lámina que ilustraba el instrumento y dejando claro que, al no encontrarse en la actualidad el original latino de Helt, es difícil delimitar la labor de nuestro compatriota y saber con exactitud cuáles fueron sus «adiciones».

La desaparición de la mencionada lámina en los ejemplares conocidos constituye ciertamente, como ya señaló en el s. XVIII Mayans y Siscar, una gran pérdida. No cabe duda de que la misma llamó la atención desde el propio Renacimiento. Recuérdese, por ejemplo, que, cuando el 27 de agosto de 1583 Enrique Cock envía por primera vez desde Salamanca a Toledo un ejemplar sin encuadernar de la *Declaración y uso del relox*

español que Andrés Schott le había pedido en otra misiva, catorce días antes, hace mención explícita a la *tabella* como también lo había antes el propio petionario: «Hugonis Heltii *Horologium* a Sanctio translatum tibi mitto una cum tabella incompactum».

El Dr. Chaparro aborda también, dentro de la finalidad y motivos de la obra, la relación del flamenco Hugo Helt con la familia hispana de los Rojas, y a continuación pasa a estudiar el contenido y estructura de los veintiún capítulos del opúsculo, así como otras cuestiones entre las que cabe destacar el fino estudio de las *iuncturae* del epigrama latino y de la posible consideración de éste como antepuerta del soneto vernáculo de Juan de Mal Lara.

La introducción se cierra, por último, con un apartado con las normas de la edición, donde el editor, siguiendo una línea filológica muy acertada, explica que, ante las muchas variaciones gráficas y lingüísticas que presentan los textos castellanos de esta época, optó por ser respetuoso con casi todas ellas.

La edición de la obra *Declaración y uso del relox español* mejora sin lugar a duda la realizada en 1984 por Claudio de Elejabeitia con un estudio introductorio de Francis Maddison. La edición del Dr. Chaparro traduce con elegancia el epigrama latino del Brocense y saca a la luz la dedicatoria al Marqués de Poza y el soneto de Juan de Mal Lara, de los que incomprensiblemente se había prescindido en la edición anterior.

El texto editado va acompañado de numerosas notas de diversa índole y de gran importancia para la comprensión de un texto de gran complejidad.

Nos encontramos, en definitiva, con una magnífica edición y estudio de un trabajo del Brocense que, pese a haber sido hecho en su etapa de juventud, cuando apenas contaba veinticinco años, pone de relieve ya la proyección internacional que a la postre habría de tener su obra.

Si de gran calidad es la edición y estudio de la *Declaración y uso del relox español*, no menor es la dedicada a editar, traducir y estudiar *La esfera del mundo*. Debemos recordar que el Dr. Chaparro ya había abordado la misma en un grueso artículo que se publicó en la revista *Alcántara* en 1985, que sirve de base a la edición actual.

El trabajo ahora publicado supera con mucho el sacado a la luz anteriormente por varias razones. En primer lugar, porque la obra del Brocense se publica ahora en formato de libro, como era necesario. En segundo lugar, porque el autor incorpora ahora de forma conjunta otras investigaciones por él realizadas a lo largo de estos años.

La introducción general se abre abordando las dos ediciones de la *Sphaera mundi* (Salamanca, 1579 y 1588) y su finalidad. El investigador señala que la obra obedece a la regencia de la Cátedra de Astrología en la Universidad salmantina por parte del maestro Sánchez de las Brozas en el año de 1578, hecho que aceptamos pero recordando, como ya hemos hecho en otro lugar, que la finalidad de la obra puede guardar también relación con los ejercicios escolares de retórica, pues Aftonio ejemplifica las tesis teóricas (*contemplatiuae theses*) cuestionando «si el cielo es de forma esférica» o «si ha muchos mundos» (*an globosum coelum, an multi sint mundi*).

A continuación el investigador aborda los antecedentes y contenido de la obra: en primer lugar estudia la *Esfera* de Juan de Sacrobosco, después los criterios de composición y significado de la *Sphaera mundi* del Brocense, y, por último, las referencias y fuentes clásicas de esta misma obra. Como colofón, encontramos un apartado con las normas de la edición, donde, entre otras cosas, el editor señala que, como es lógico, ha optado por reproducir el texto más tardío de 1588 y da cuenta de la dificultad de traducir unos vocablos que, aunque son los mismos que los que se utilizan actualmente, sus contenidos tienen un alcance distinto.

La edición del texto latino presenta un doble aparato: uno crítico, donde se da cuenta de las diferencias textuales entre las dos ediciones, y otro de fuentes y citas clásicas. La traducción, hartamente elegante, se ha realizado ajustándose a la índole del tratado, manteniendo, de una parte, su carácter didáctico y, de otra, su contenido técnico. La versión va acompañada de numerosas notas de diversa índole y de gran importancia para la comprensión de un texto tan dificultoso como *La esfera del mundo*.

En definitiva, los estudiosos del humanismo hispano debemos dar las gracias a la Institución Cultural «El Brocense» por sacar a la luz una edición y estudio de dos de los tres libros «científicos» del Brocense con unos resultados tan excelentes y acordes al gran especialista a quien con tan gran acierto se le había encomendado dicha tarea.

Universidad de Cádiz

José María MAESTRE MAESTRE
josemaria.maestre@uca.es

ENEAS SILVIO PICCOLOMINI, *Cintia, Historia de dos amantes*. Edición de José Manuel Ruiz Vila. Ediciones Akal, Clásicos Latinos Medievales y Renacentistas 19, Tres Cantos (Madrid) 2006, 160 pp. ISBN-10: 84-460-1315-0.

José-Manuel Ruiz Vila (en adelante, RV) traduce y estudia en este libro dos obras, desiguales por su interés e importancia, de Eneas Silvio Piccolomini, el futuro Pío II en la silla de Pedro. Nacido en 1405 dentro de una ilustre familia sienesa, cuando en 1458 calzó las sandalias del Pescador, Eneas Silvio adoptó el nombre —no menos virgiliano— de Pío (*pius Aeneas*)¹. Durante los últimos años de su vida, hasta su muerte en 1464, Pío II hubo de aplicarse a hacer frente al principal problema político de la Cristiandad: la amenaza turca en el sureste de Europa. El destino lo devolvía así a las lindes de Asia, de donde había salido su héroe homónimo.

Esas obras son *Cynthia* (sic), colección de poemas de juventud de temática variada —si bien en ellos el modelo, en forma y asuntos, de la elegía latina (la *Cynthia* properciiana, por ejemplo) está muy presente— y la *Historia de duobus amantibus*, datada en 1444, novela breve «epistolar» (por su continente) que se ha calificado de «erótica» (por su contenido). Mientras la primera, de calidad discreta, interesa sobre todo como muestra de la formación y personalidad del joven Piccolomini, la segunda enlaza con el tratado *De amore* de Andrés Capellán y con la *Fiammetta* de Boccaccio —sin prescindir por ello de un trasfondo virgiliano que es común a prácticamente todo lo escrito por Eneas Silvio: no por casualidad, entre préstamos y paralelos varios, el protagonista masculino de la *Historia* se llama Euríalo—, inscribiéndose junto con esas obras en un tipo de literatura de gran difusión e influencia en el Renacimiento. Curiosamente, y aun contando con la gran diversidad existente entre ellas, tanto *Cynthia* como la *Historia de duobus amantibus* coinciden en la reprobación final de la pasión amorosa tras explorar,

¹ Con algunas variaciones, las fuentes antiguas asignan a la unión de Eneas y Lavinia —sangre troiana e itálica— el origen de la estirpe de los Silvios, reyes de Alba Longa, que incluye un Silvio Eneas o Eneas Silvio: VERG. Aen. 6, 760-767; LIV. 1, 3; DION. HAL. 1, 70. Nuestro escritor tiene un abuelo llamado como él, Eneas Silvio, y su padre se llama Silvio Póstumo; en la querencia de los Piccolomini por el nombre de Silvio pudo también influir el verso de la *Comedia* donde Dante se refiere a Eneas como «di Silvio il parente» (*Inf.* II 13).

eso sí, sus muchas facetas y situaciones. Ese rechazo de la alienación y los peligros del amor es más explícito en la segunda, fechada ya en la madurez del autor, cuando Eneas Silvio, hasta entonces fácilmente seducido por las delicias de Venus, quiere imponer a su vida derroteros más serios. No parece necesario, en cualquier caso, romperse mucho la cabeza para dilucidar si en la *Historia* prima lo placentero y morboso o bien la admonición moralizante por vía del *exemplum* negativo. Probablemente, más allá incluso de las normas sociales de cualquier época, la ambigüedad que advertimos en Piccolomini a la hora de enjuiciar la conducta de los amantes, y la suya propia, es esencial en la naturaleza humana, siempre oscilante entre Dioniso y Apolo.

El libro de RV aparece bien estructurado. La traducción de las dos obras va precedida de sendas Introducciones, más una previa Introducción general —suficiente y amena— a la figura del humanista y pontífice. En apéndice se nos da, también traducida, la bula de 1442 por la que Federico, «rey de romanos», lo corona como *poeta laureatus*. Todo ello se completa con índices y una útil Cronología. Seguramente es responsabilidad de la editorial el que junto a la versión de RV no se nos ofrezca el texto original latino, lo cual habría hecho más fácil y seguro emitir un juicio sobre la calidad de su labor; no obstante, RV compensa esa ausencia con las muchas citas bilingües que salpican el libro, de las que inferimos que su competencia como traductor es más que mediana. Y excepcional, desde luego, es su conocimiento de la figura y la obra de Eneas Silvio: a juzgar por este libro y por las referencias bibliográficas en él aducidas, puede afirmarse que él y Francisco Socas son los principales estudiosos, en España, de nuestro papa humanista. Así pues, sentado que la impresión general es muy positiva, claro está que encontramos pasajes —cuando disponemos del texto latino— donde la versión se nos antoja perfectible, pero normalmente se trata de aquilatar la versión, más que de francas correcciones. Veamos un ejemplo. Por tres veces (en las páginas 112, 146 y 150 del libro), y con idéntica finalidad aleccionadora, se refiere Piccolomini a la experiencia del amor como algo más amargo que dulce. En las dos primeras echa mano de la paronomasia *fel - mel*, según una contraposición que parece casi proverbial en la lengua latina (véanse los ejemplos aducidos en el *Oxford Latin Dictionary*, s.v. *fel* 1d); en ambos casos RV traduce adecuadamente, manteniendo la paronomasia, por «hiel» - «miel». El tercer caso es, sin embargo, distinto. Aquí, en muy destacado lugar, nada menos que la última frase de la *Historia*, Eneas Silvio emplea una expresión de Juvenal: una mujer engreída —había dicho el Aquinate— *plus aloes quam mellis habet* (6, 181). Al hacer suya esta expresión de Juvenal, Piccolomini quiere sin duda remachar la contraposición anterior hiel-miel, de manera que no extraña la versión de RV —«[la pócima del amor... tiene...] mucha más amargura que miel»— al insistir en el mismo concepto. Pero, si bien se recoge así el significado general y básico, al traducirse *aloe* metonímicamente por «amargura» se pierde la especificidad, la gracia de la expresión, que alude a un contexto preciso: el uso medicinal del jugo espesado del aloe (*Aloe vera* L.), presumiblemente endulzado con miel. Ese jugo cuajado, reducido a una masa oscura y muy amarga es el acíbar, que en nuestra lengua es asimismo sinónimo de «amargura, sinsabor o disgusto» (*D.R.A.E.* s.v.), con lo que el círculo se cierra y esa voz («acíbar») venía aquí como anillo al dedo².

² En su traducción de Juvenal (Alianza: Madrid 1996, p. 149), Francisco Socas precisamente traduce *aloe* por «áloe», que puede valer lo mismo que «acíbar», aunque no creo que el lector moderno perciba «áloe» como sinónimo de «amargura», sino que más bien asocia el término a la planta hoy tan en boga, por su uso dermatológico sobre todo. Nótese, en fin, que Piccolomini, en la segunda ocasión (p. 146 del libro de RV) anticipa ya la referencia medicinal, pues a la contraposición hiel-miel —el amor, que tiene

Topamos también, desde luego, con los inevitables descuidos y erratas que tristemente afean la mayoría de los libros: señalaré tan sólo el plural espurio *excursi* de la página 97, o el «Filippo» duque de Borgoña de las pp. 17 y 147, nombre cuyo aspecto italianizante no acierto a explicarme. A veces, RV se expresa de forma discutible, como cuando se dispone a hacer la semblanza de «un humanista pontífice» (¿no será «un pontífice humanista» o «humanista y pontífice»?), o se refiere a «esa pequeña historia... que se mimetiza [léase 'que pasa inadvertida'] entre los grandes acontecimientos», o dice que «no debemos llevarnos [léase *llamarnos*] a engaño» (los tres ejemplos son de la página 11); ni resulta exacto calificar de «mitológicos» (p. 97) los nombres de los protagonistas de la *Historia*: Lucrecia y Euríalo serían, más propiamente, personajes «legendarios» o «literarios». En otro orden de cosas, algunas consideraciones o juicios expresados por RV en las páginas introductorias no dejan de suscitar reparos. Así, parece un exceso de interpretación asignar a dos excursos en concreto, que van intercalados en la segunda mitad de la *Historia*, la función deliberada de proporcionar una pausa y aliviar la tensión de la narración (véanse las pp. 96-97); en realidad, tanto esas como otras digresiones o cuñas, más o menos largas, sirven de contrapunto sentencioso o moralizante, aportando la profundidad del viejo saber —suelen ser citas de los antiguos— al relato plano de los hechos. Finalmente, cabe señalar algunas carencias. Dentro de la Introducción a *Cinthia*, por ejemplo, falta una referencia a la forma métrica de los poemas, por más que todo indique que se trata de dísticos elegíacos. En cuanto a la *Historia*, se echa de menos una valoración de su temprano traslado a lengua castellana³, y del rico y complejo contexto literario en que esa traducción se lleva a cabo y se lee, la llamada «ficción sentimental». Me refiero a la relación de la *Historia* con obras tales como, entre otras, la *Cárcel de amor* de Diego de San Pedro o *La Celestina*: léase lo escrito a este respecto por Iñigo Ruiz Arzálluz en el Prólogo a la edición de la segunda en la Biblioteca Clásica de la editorial Crítica, Barcelona 2000, pp. CXXIII-CXXIV. Advertimos, por último, una negligencia llamativa en la versión de la *Historia* aquí ofrecida, y es la ausencia de división del texto en párrafos, lo que merma la utilidad de la traducción; en cambio, las citas del original latino sí se dan con numeración de párrafo.

Todo lo dicho no impide, desde luego, reconocer los evidentes méritos del trabajo de RV al poner en las manos del público español —español por su competencia lingüística— una traducción solvente de dos obras escritas en un latín humanístico algo centenario, es verdad, mas muestras ambas, al cabo, interesantes —sobre todo la *Historia*— de la sensibilidad renacentista. Amén de la completa y ponderada introducción a la atrayente figura de Eneas Silvio-Pío II, actor destacado en la historia cultural y política de su tiempo... un tiempo en el que el lector avisado no dejará de advertir algún paralelismo con el nuestro.

Universitat de Barcelona

José-Ignacio GARCÍA ARMENDÁRIZ
garciarim@ub.edu

más de lo primero que de lo segundo— añade inmediatamente «no es tan amargo el ajeno como tú» (como el amor), siendo el ajeno (*Artemisia absinthium* L.) planta, y remedio, similar por su amargor al áloe/acíbar, y con igual significación figurada: cf. QUINT. inst. 3, 1, 5. Que en las tres ocasiones (pp. 112, 146 y 150) RV remita, en nota, al mismo *locus* de Juvenal no resulta acertado, pues en rigor el préstamo se da sólo en la tercera.

³ La versión de 1512 se menciona de pasada, en la Bibliografía, pero hay una edición salmantina anterior.

